

El capítulo 2, «Panorama histórico», parte I: «Aspectos históricos de la Neurociencia», ya lo he mencionado, da al texto un valor de libro de consulta, para cualquier persona que desee introducirse en el tema. No obstante, pienso que debería haberse limitado a exponer las aportaciones de los distintos autores sin incluir referencias propias, como por ejemplo cuando señala que, la visión antropológica de alguno es, *por desgracia materialista* (p. 81) o cuando menciona que, *los riesgos en el uso de los psicofármacos crearon el problema de la justificación moral de su uso* y se extiende opinando cuándo y cómo utilizarlos (pp. 88-89). La parte II, «El pensamiento neurofilosófico», es a mi juicio la más interesante del libro, tanto para filósofos como para neurocientíficos, ya que incluye –como el autor señala– tanto la crítica a las ideas que algunos neurobiólogos defienden en campos filosóficos como a tesis defendidas por movimientos ideológicos como el antipsiquiátrico o el transhumanismo (p. 102).

El capítulo 3, «La persona y su cuerpo», también en palabras del propio autor, *se detiene en cuestiones fundamentalmente ontológicas, con una especial atención a la dimensión neurobiológica* (p. 269). Realmente el contenido es filosófico, las menciones a la neurociencia son escasas y en ocasiones forzadas, lo que refleja que el libro ha sido compuesto utilizando textos previamente escritos. *Su elaboración filosófica reconoce en*

la persona la estructura unitaria y sustancial de alma espiritual y cuerpo orgánico (p. 237).

El capítulo 4, «Sensación y percepción», puede resultar de difícil comprensión para no científicos y puede llevar a interpretaciones que no se corresponden con la realidad. Pienso que el propósito del autor de *mostrar cómo la visión clásica de la sensibilidad queda reorganizada por los actuales conocimientos neurobiológicos y además proyectar estos conocimientos en un cuadro filosófico de conjunto* (p. 269), no es el método más adecuado para el diálogo entre la Neurociencia y la Filosofía del Hombre y contradice el planteamiento de la Introducción donde señala esas disciplinas como irreductibles.

El libro reseñado aporta información de interés para las personas ocupadas en la tarea de analizar, profundizar e intentar entender qué es el hombre. El sistema nervioso es un todo funcional y estructural. La complejidad del funcionamiento unitario del cuerpo humano permite entender que el conocimiento del funcionamiento «cerebral» no pueda explicar ni la autoconciencia ni la intencionalidad y que el diálogo sobre un componente espiritual en la persona no pueda prescindir de considerar el cuerpo humano en conjunto, ya que ni un «cerebro aislado» ni tampoco un «sistema nervioso aislado» pueden lograr un funcionamiento autónomo.

Purificación DE CASTRO

Jaime MERCANT SIMÓ, *Los fundamentos filosóficos de la teología trascendental de Karl Rahner*, Roma: Casa Editrice Leonardo da Vinci («Divinitas Verbi», 3: Quaderni di epistemologia teologica), 2017, 240 pp., 17 x 24, ISBN 9788894900118.

Karl Rahner ha sido seguramente el pensador que más ha influido en la teología católica post-conciliar. Su abundante

producción ha sido estudiada y comentada ampliamente por la teología contemporánea. Sin embargo, pocas veces se ha lleva-

do a cabo una seria crítica acerca de los fundamentos filosóficos del jesuita alemán. Éste es, precisamente, el objetivo de estas páginas, una parte de un trabajo más amplio sobre la teoría del conocimiento de Rahner. El estudio se reduce principalmente a su libro *Espíritu en el mundo* (*Geist in Welt*), obra primeriza de difícil lectura por su ambigüedad y oscuridad.

La influencia de este teólogo alemán puede sorprender al lector actual cuando se enfrenta directamente con sus textos. Incluso en buenas traducciones el estilo resulta difícil, complejo, alambicado y extremadamente ambiguo. Si sus palabras han logrado tener éxito en el mundo católico obedece –según apunta el autor– a motivos ideológicos más que a razones verdaderamente especulativas. En efecto, las doctrinas que se derivan de sus planteamientos doctrinales gozaron de enorme peso dentro del mundo teológico occidental y han marcado los rumbos de la teología moral y dogmática de los últimos decenios.

Como el autor de estas páginas reconoce desde el principio, no se pretende llevar a cabo una exposición crítica de toda la gnosología rahneriana, sino mostrar las distorsiones del pensamiento de santo Tomás que subyacen en su interpretación. Esta perspectiva tiene especial relevancia dentro del contexto histórico en el que se sitúa la obra del P. Rahner. Las llamadas del Magisterio eclesialógico durante el siglo XX para seguir el pensamiento del Doctor Angélico fueron recibidas en ocasiones de modo crítico por parte de los teólogos que ven en el pensamiento tomista una filosofía obsoleta ya superada por la modernidad: sería preciso, por consiguiente, adoptar una nueva filosofía «a la altura de los tiempos» de cara a la renovación teológica. Rahner adopta, por el contrario, otra postura: cita prolijamente la autoridad del Aquinate, pero vaciando su contenido con traducciones distorsionadas e interpretaciones forzadas de los textos, como el autor se detiene a demostrar con detalle.

Esta monografía consta de cinco capítulos. En el primero se expone la cuestión del nuevo punto de partida que asume Rahner en su metafísica del conocimiento en confrontación con la metafísica aristotélico-tomista. Mientras que en esta última la experiencia del ser constituye el arranque del conocimiento, en Rahner es la «cuestionabilidad». De esta manera el teólogo alemán se alinea más con la filosofía de Maréchal o de Heidegger, aunque mantiene una postura personal frente a estos dos autores. En el segundo capítulo se aborda el concepto rahneriano de ser (*Sein*), que se acaba identificando en con el ser la conciencia. Esta interpretación es posible gracias a su peculiar doctrina del *intellectus agens* entendido como «anticipación» (*Vorgriff*) sobre el ser en general. Dicha anticipación «es la condición de posibilidad para que el sujeto cognoscente llegue a ser consciente o conocido experimentándose en su apertura hacia la trascendencia del *ser en general*, antes incluso, de que el sujeto aprehenda algún objeto singular» (p. 112). En definitiva, la metafísica se reduce a gnoseología.

En el capítulo tercero el autor muestra, por una parte, la reducción antropológica de la metafísica, y por otra la deformación derivada de considerar al hombre como espíritu en el mundo (*Geist in Welt*). Según Rahner el hombre empieza a existir en cuanto comienza a preguntarse por el ser, para autoconstituirse de este modo en su propio ser (p. 220). El teólogo alemán coincide así más que con Tomás de Aquino con la filosofía existencialista de Heidegger, donde el mundo es constituido por el espíritu. La trascendencia del mundo y del espíritu parece verse así comprometida; para intentar acceder a lo sobrenatural, Rahner acude a la noción de *oyente de la palabra* (analizada por Mercant en el capítulo cuarto). Con esta noción, el jesuita alemán acaba por realizar el giro antropológico de la teología, reduciéndola a filosofía de la

religión. Finalmente, el capítulo quinto se dedica a desarrollar las ideas del existencial sobrenatural y del cristianismo anónimo consecuencias lógicas de los postulados filológicos de Rahner.

El autor critica los textos de Rahner confróntándolos con los de santo Tomás, manifestando la tergiversación del fondo de la doctrina tomista. Mercant adopta un tono deliberadamente polémico frente al teólogo

alemán que llegó a ser incuestionable («sobredimensionado» según el autor), en ciertos ambientes del último tercio del siglo pasado. Este tono polémico puede retraer a su lectura a algunos estudiosos; pero más allá de las formas académicas se trata de un trabajo serio y riguroso que no puede obviarse sin debatir a fondo las tesis expuestas.

José Ángel GARCÍA CUADRADO

Asunción HERRERA GUEVARA, *La conspiración de la ignorancia. Una reflexión sobre el progreso y sus paradojas*, Granada: Comares, 2018, 112 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-9045-642-2.

Hay ocasiones felices en que la lectura de unas páginas nos hace pensar. Quizá esto es lo mejor que puede ocurrir cuando uno tiene un libro entre manos. Por eso, escribo estas líneas. La autora, siguiendo el modelo narrativo de Nussbaum, escribe un libro de teoría política acompañada de ejemplos literarios que hacen comprensible, en un sentido no sólo teórico, sino en el modo de un equilibrio perceptivo. Se trata de que no sólo se diga lo que se dice, sino que lo dicho permita la valoración del contexto y, a la vez, suscite las emociones adecuadas a la realidad que tenemos delante. La agilidad del estilo y la variedad de referencias literarias hacen que sus 96 pp. se acaben enseguida y nos dejen con la necesidad de pensar por nuestra cuenta.

El libro está dividido en cuatro capítulos. El primero trata sobre el estado de la cuestión y el segundo se titula como el propio libro. La idea de fondo es que después de dos ilustraciones fracasadas –la clásica del s. XVII-XVIII y la que tuvo lugar después de la II Guerra Mundial–, es el momento de proponer una tercera ilustración que consiga evitar los errores de las anteriores. Si la propuesta se llama tercera

ilustración es porque tiene algo en común con las anteriores. Pero si es la tercera habrá que dilucidar sus características distintivas y las razones para proponerlas.

Si Kant definía la ilustración como la salida de la minoría de edad culpable, el fracaso de la ilustración es el éxito de la conspiración de la ignorancia. Esto es especialmente doloroso en el momento de la historia en que el desarrollo del conocimiento humano es más asequible que nunca. Y el triunfo de los prejuicios, de lo convencional o de la tradición se impone a la justicia. Si los hombres nos comportamos autónomamente para obrar injusticias no cabe hablar propiamente de progreso. Así la Introducción termina con una frase de F. M. Herrera: «Nadie puede ser apolítico mientras el más desfavorecido y explotado diga que la política es cosa de ricos». Por eso el objetivo de esta ilustración es conseguir una noción suficientemente sensible de justicia a la altura de nuestro tiempo y encontrar el modo político de hacerla valer en el discurso actual. No basta, pues, la tolerancia. Es preciso hacer valorar la justicia, que se define como el principio «de todos los seres sintientes», siguiendo el principio